

# La cultura de lo aparente: las evaluaciones al MUNDO ACADÉMICO

Roberto Carmona y Héctor Reyes Bonilla



Por impulso de las más altas esferas gubernamentales, en la actualidad se está volviendo una imperiosa “necesidad” de la Secretaría de Educación Pública y el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) el llevar a cabo evaluaciones constantes del quehacer de los investigadores. Esta tendencia es quizá un reflejo del origen empresarial de nuestro primer mandatario durante el sexenio anterior, y ha permeado a diferentes niveles del quehacer de las universidades y centros de investigación del país.

Las evaluaciones en la academia no son nuevas en absoluto; todos los que estamos inmersos en ella somos constantemente calificados, por ejemplo, al someter proyectos para su eventual aprobación y financiamiento, al enviar manuscritos a las revistas para su publicación, y al solicitar formar parte de los cada vez más imprescindibles sistemas de estímulos económicos, tanto externos a las instituciones (Sistema Nacional de Investigadores) como internos (Programas de Estímulo al Desempeño Docente).

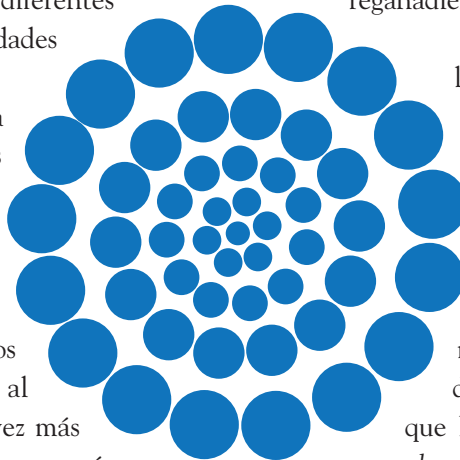
De hecho, y aunque no siempre estemos de acuerdo con los resultados de las evaluaciones, la mayoría de nosotros tenemos claro que no se pueden aprobar todos los proyectos, publicar todos los manuscritos recibidos por una revista o incluir en el Sistema Nacional de Investigadores a todos los involucrados en el traba-

jo científico. Pese a que estas evaluaciones quizá no sean del agrado de todos, puede decirse que su existencia, en el mejor de los casos, favorece una división ponderada de los recursos y de alguna manera ayuda a medir niveles relativos de calidad del personal. Eso es loable y benéfico a corto y largo plazo para el investigador y para el establecimiento científico nacional en sí, por lo que las evaluaciones son aceptadas (a veces a regañadientes) por todos los involucrados.

Sin embargo, en tiempos recientes las administraciones están degenerando esta situación y tomando a la evaluación como si fuera importante en sí misma, independientemente de su metodología, los resultados que de ella emanen, y las posibles correcciones a los problemas que se detecten. Esto está llevando a la paradójica y triste situación de que hoy es más importante aparentar que se hace, que de verdad hacer. A muchos de nosotros, perdidos en nuestras a veces fú-

tiles investigaciones, lo anterior no nos había preocupado hasta que empezaron a aparecer y ser de uso general, por lo menos para las autoridades universitarias, palabras y acrónimos como tutorías, CA (cuerpo académico), carreras certificadas, etcétera.

Este problema ya tiene un largo historial. En 1984, Ruy Pérez Tamayo criticaba la falta de seguimiento de los ex-becarios Conacyt, pues aparentemente, en los



En tiempos recientes las administraciones están tomando a la evaluación como si fuera importante en sí misma, independientemente de su metodología, los resultados que de ella emanen, y las posibles correcciones a los problemas que se detecten



**SNI**

EVALUACIÓN 2007

POR ÁREA DE 2000 A 2008



CONACYT



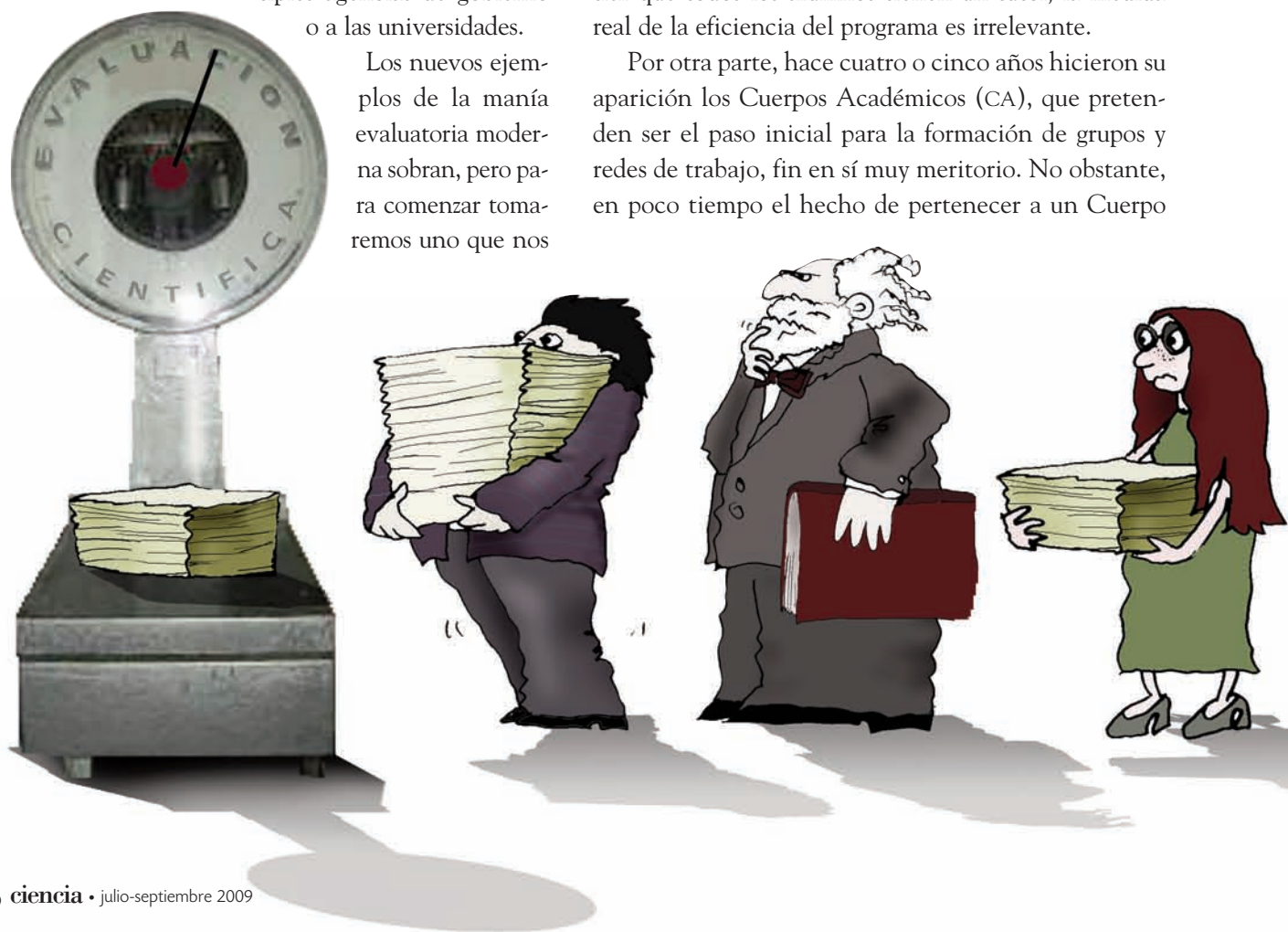
programas de formación de estudiantes era considerado sólo el número de becarios como la medida del éxito del programa, y no su destino final. En palabras del autor: “el proyecto de becas Conacyt está estructurado más como una campaña política, más como un instrumento demagógico, que para cumplir con alguna forma de objetivo, por más vago e indefinido que sea”. Incluso Pérez Tamayo da colofón a sus comentarios al mencionar que el director del Conacyt en turno, ante la crítica sobre la falta real de una evaluación del programa de becas de posgrado comentó “que [a él] no le importaba si al regresar, los becarios Conacyt abandonaban el campo de su especialización y ponían un restaurant de comida hindú”. Es decir, el éxito se determinaba con un indicador (número de becarios), que obviamente no reflejaba en absoluto la eficiencia del programa. Uno mucho más eficiente quizá podría haber sido cuantificar el número de becarios que se insertaban en las filas de los centros de investigación del país, pero ello hubiese llevado a criticar la eficiencia del establecimiento universitario, y hubiera causado incomodidades a múltiples agencias de gobierno o a las universidades.

Los nuevos ejemplos de la manía evaluatoria moderna sobran, pero para comenzar tomaremos uno que nos

ha llamado particularmente la atención. Hace algunos años la Secretaría de Educación Pública (SEP) inició en las universidades el programa de tutorías, en el cual a cada profesor-investigador se le asignan entre 10 y 15 estudiantes a los que tiene que dar seguimiento. El programa tiene nobles fines: entre otros, disminuir los índices de deserción y reprobación. Sin embargo, la única manera como se está midiendo su eficiencia es dando a conocer a los evaluadores de la SEP los listados de estudiantes por profesor, y ocasionalmente las firmas de cada estudiante donde se demuestre haber visitado a su tutor a lo largo del semestre. Nada más, cuando las leyes más elementales de la lógica indican que la evaluación de los programas de tutorías debería hacerse comparando los índices que se pretenden disminuir, antes y después de la aplicación del programa.

Lo más preocupante es que a las autoridades aparentemente no les interesa. Es decir, existe la posibilidad de que las tutorías, en efecto, hayan disminuido los índices de deserción y reprobación (los autores lo dudamos), pero ya que para su propia evaluación basta con demostrar que todos los alumnos tienen un tutor, la medida real de la eficiencia del programa es irrelevante.

Por otra parte, hace cuatro o cinco años hicieron su aparición los Cuerpos Académicos (CA), que pretenden ser el paso inicial para la formación de grupos y redes de trabajo, fin en sí muy meritorio. No obstante, en poco tiempo el hecho de pertenecer a un Cuerpo





Académico pasó de ser una decisión personal a una obligación; esto en sí es criticable, pues como todos sabemos en cualquier empresa social (no sólo la ciencia) la construcción de grupos de colaboración requiere de mucho más que intereses comunes. De hecho, las principales rivalidades suelen darse entre investigadores con temas afines; se necesita empatía y deseos reales de trabajar en conjunto. Esta coacción ha causado la aparición de diversos “Frankensteins”, donde el único objetivo común es pertenecer al dichoso cuerpo. Ello nos lleva a concluir que lo importante es *aparentar* que se trabaja en Cuerpos Académicos, sin que realmente interese su utilidad o eficiencia.

La obligación de pertenecer a los Cuerpos Académicos se debe a que la SEP usa este indicador como una forma de evaluar a las universidades. Por ello, algunas han buscado la forma de hacer obligatorias tales colaboraciones, en ocasiones usando métodos un tanto burdos. Por ejemplo, en ciertas escuelas no se otorgan las cartas de apoyo institucional para solicitar fondos a menos que dos integrantes del Cuerpo Académico formen parte del proyecto solicitado. Está de más explicar lo complejo que se vuelve en esos casos tratar de llevar a cabo una de las labores sustantivas de las universidades. Nuevamente, hasta el momento no existe una evaluación real del posible incremento en número y montos de los proyectos logrados por las instituciones desde que se instauró la

moda de los Cuerpos Académicos (y nuevamente, dudamos que lo haya), pero al igual que para las tutorías, eso parece no importar.

Otro caso ocurre cuando las carreras o escuelas entran al proceso de certificación. Normalmente, la inminente llegada de los evaluadores causa gran revuelo en todos los niveles del organigrama administrativo de las instituciones, y refleja el sentir de aquellas canciones de Chava Flores sobre el arreglo de la vecindad ante las celebraciones de los 15 años de una de sus residentes. En nuestra institución se pintaron baños, se arreglaron laboratorios y aparecieron pizarrones nuevos. Lo interesante es que la cosmética sirvió sólo hasta cierto punto. En los laboratorios de investigación se dieron algunos detalles dignos de ser narrados por Kafka. Por ejemplo, cierto laboratorio cuenta con una sola salida. Sin embargo, se le colocó en la pared un letrero de “Ruta de evacuación” (en el que su oportuna flecha señala hacia la única salida disponible) y en la puerta apareció otro (“Salida de emergencia”). Además se colocaron otros dos letreros (“Botiquín” y “Extintor”); tenemos que reconocer que el extintor ya fue puesto bajo su letrero, pero el botiquín nunca llegó. Aparentemente eso es lo de menos, siempre y cuando se cumpla con el requisito de la existencia de su respectivo letrero. En resumen, las mejoras en el citado



laboratorio consistieron en la colocación de los letreos y el extintor.

Nuevamente no existe una medida real de la eficiencia del programa de certificación, en el que se demuestre un incremento sustantivo en la producción y la calidad docente de una carrera antes y después de ser certificada.

Los ejemplos podrían continuar, y estamos seguros de que cualquier lector que participe en la vida académica podría enriquecerlos. Sin embargo, consideramos que el aspecto toral está claro: en este momento parece ser mucho más importante simular que hacer.

Lo más preocupante de todo es que las decisiones sobre cómo y para qué evaluarnos se toman desde las mismas alturas que deciden cómo repartir el presupuesto, y ante la complacencia silenciosa de la academia en su conjunto, esta tenebrosa burocracia va ganando terreno. Así hoy, si no se implementan los planes de tutorías o si no se “trabaja” en cuerpos académicos, o si se pertenece a carreras no certificadas, los recursos económicos para trabajar realmente se ven menguados.

Insistimos: los académicos estamos acostumbrados a las evaluaciones, siempre y cuando éstas se lleven a cabo con lógica y tengan una utilidad real, no simplemente evaluarnos por evaluarnos. Quizá lo dramático es ver lo poco que han mejorado, o lo que han empeorado, las cosas en poco más de 20 años.

Las críticas aquí vertidas podrán evitarse si se nos demuestran las eficiencias de los diferentes programas, evaluándolos realmente, y de nuevo, implorando el uso de la más elemental lógica: prescindir de los programas que no demuestren su utilidad para mejorar realmente el quehacer académico.



### Bibliografía

Pérez Tamayo, R. (1984), *Sísifo y Penélope*, México, El Colegio Nacional.

**Roberto Carmona** estudió la licenciatura en Biología Marina en la Universidad Autónoma de Baja California Sur; la maestría en Ciencias Pesqueras en el Centro Interdisciplinario de Ciencias Marinas del Instituto Politécnico Nacional (IPN) y está estudiando el doctorado en Oceanografía Costera en la Universidad Autónoma de Baja California. Es investigador titular en el Departamento de Biología Marina de la Universidad Autónoma de Baja California Sur (UABCS). Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores. Tiene 20 años como docente y realiza estudios en el área de ecología de aves acuáticas en Baja California Sur.  
beauty@uabcs.mx

**Héctor Reyes Bonilla** estudió la licenciatura en Biología Marina en la Universidad Autónoma de Baja California Sur (UABCS); la maestría en Ecología Marina en el Centro de Investigación Científica y Educación Superior de Ensenada, y el doctorado en la Universidad de Miami. Es investigador nacional. Actualmente se desempeña como investigador titular en el Departamento de Biología Marina de la UABCS. Tiene 15 años de experiencia docente y realiza estudios en el área de ecología de bentos submareal y necton.  
hreyes@uabcs.mx

